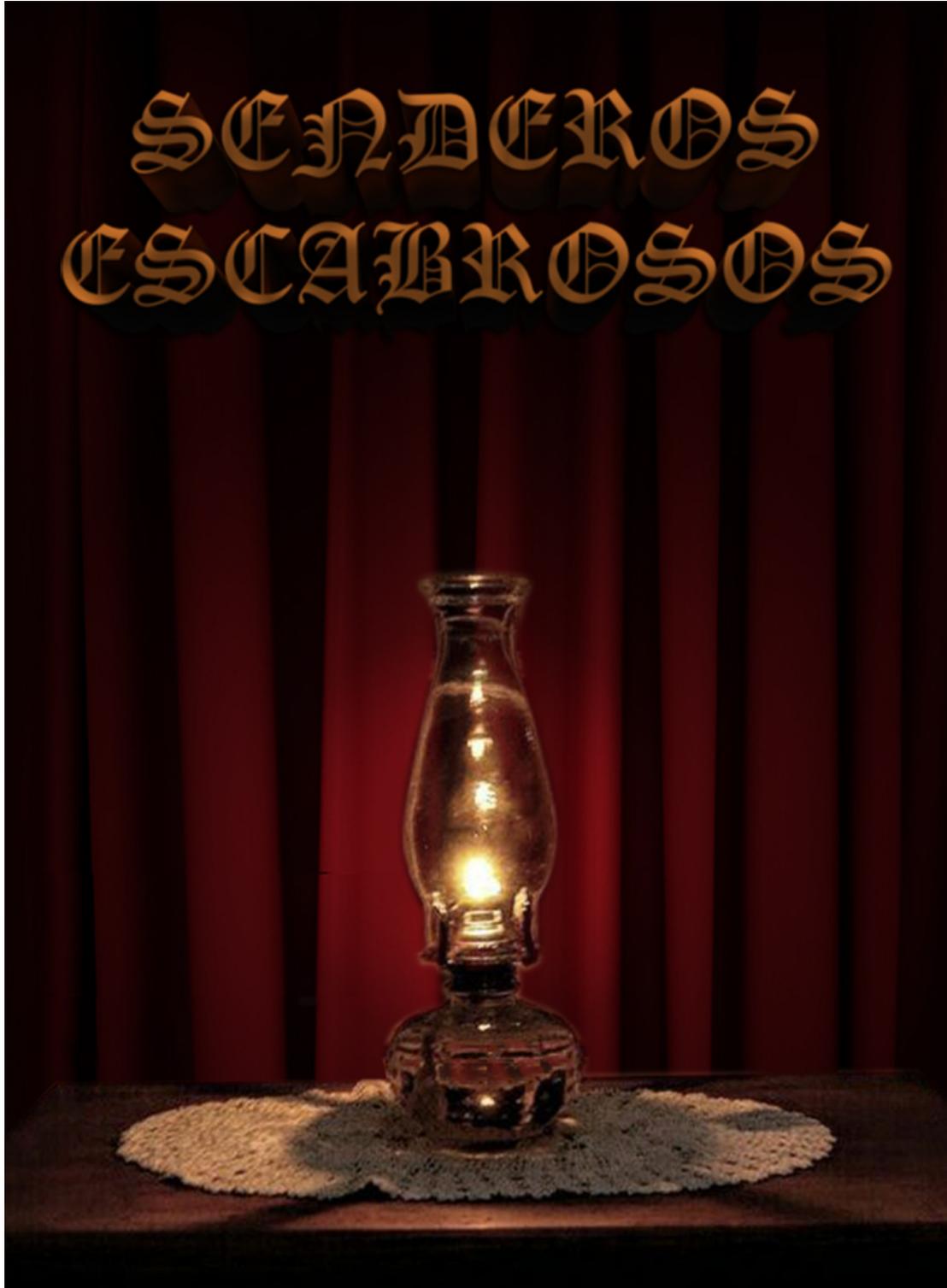


SENDEROS ESCABROSOS

Adrián Bossio



Capítulo 1

SENDEROS ESCABROSOS

¿Qué sentido tiene sufrir? No lo sé. No podría justificarlo. Ni en los casos más justificables. Enrevesado en las más despiadadas torturas. Así me fui escabullendo en la luz de la lámpara. A la vez iba hilvanando paulatina e inconscientemente una escudo a prueba de cualquier ataque de ella, ...y de ellos. Ilusiones, desiluciones, encuentros, desencuentros, desaires incomprensivos. Al principio ingenuamente caía en sus mieles, atraído como un insecto hacía la luz. Y mi entereza irremediabilmente sucumbía acribillado en esa red despiadada. Una y otra vez. Así me sentía un asqueroso insecto. Descorazonado volvía a la paz de mis tinieblas, pero el resplandor de la esperanza retornaba. Una y otra vez se reiniciaba el círculo vicioso. Empeñado en auto-flagelarme como un masoquista empedernido.

Encontrábame inesperadamente allí, en las cumbres de la felicidad... No, felicidad no es una palabra apropiada. Algarabía sentimental, dicha insustancial, cabría mejor. Temporal por cierto. Pues, dicen que la felicidad es como un ave que fugazmente se posa en nuestra mano. Bueno, ella sería como un ave exótica en peligro de extinción escabulléndose astutamente. Sin darme cuenta, caía estrepitosamente como un ave herida. Pues heme aquí, albergado en los pasatiempos del conocimiento. Ensimismado en mis libros, augurando que aquello me salvaría de esa catástrofe personal. ¿Cómo expresar aquello de lo que no sabía si quería escapar o no? Inconscientemente, diría yo, no pudiendo ser de otra manera, debido a mi pasión por las matemáticas me fue posible interpretarlo en simples desopilantes líneas, sobre el conocido plano cartesiano, allí, podía dibujar mi vida emocional, y resulta que había encontrado el trazado muy comparable a la parte más accidentada de la cordillera de Los Andes, de altos picos de algarabía augurando profundas depresiones venideras. Sin embargo logré escapar del dulce sabor de la insensatez. Y comencé a recorrer la meseta del sosiego, de la soledad, pero de la soledad sosegada. Una estabilidad un poco insulsa, pero sin esas profundas depresiones de la que a veces me resultaba intolerable.

Aislado de intrusos que corrompieran mi "bienestar". Atrás había dejado esas danzas por vientos de ilusiones desde donde luego me derribaban estrellándome contra el duro suelo. ¡Iluso! Creyendo yo que ella me iba a aceptar en su vida tal como soy, tal como todos me ven. Creyendo que la sociedad me iba a aceptar como uno más. Pues no. Qué equivocación la mía. Me venía a la mente esos animales de la selva que los capturan en trampas tan insidiosas hechas por los humanos para llevarlos y aprovecharse de ellos en los mismo circos con no otra finalidad que la del divertimento de los demás. Aquí, al fin y al cabo, resultaba mi hábitat. Acariciado y contenido por el saber. Sin caídas, en tierra firme, sin perturbadores.

El placer de los libros, riqueza del intelecto, compañía del espíritu si los hay, cuán provechoso resultasen en esos tiempos para poder mantenerme a flote y no caer al borde de la locura. Ocupado de libro en libro, atareado en la confección de mis trabajos de matemáticas, atendiendo al mantenimiento de la casa cuando venían los jardineros y las mucamas por las mañanas, casi que había olvidado. Controlaba y organizaba cada detalle, cada tarea, que la casa se mantuviera tal como me la dejaron, a pesar de que su tamaño me resultaba demasiado para mí solo. Pero es la casa de la familia, la heredada por mis padres, que con tanto sacrificio fundaron, hasta que cayeron víctimas de la fiebre amarilla. Un golpe de los más duros que he recibido. Recuerdo que en ese entonces me encontraba en Oxford, estudiando. Pero cuando las noticias llegan de desde otro continente ya poco se puede hacer. La desazón carcomió mi espíritu, al nivel de verme imposibilitado en proseguir los estudios. Además, debía resolver todo lo concerniente a la herencia. Finalmente regresé a casa, una parte de lo que heredé. Lo otro fue el gran negocio del tabaco, al cual no me interesó en absoluto y dejé a cargo a una persona de íntima confianza de mi padre.

La volví a ver, hija de un importante comerciante de la zona. Melancólicos recuerdos de nuestra niñez me llevaron a un inevitable reencuentro. Ahora toda una mujer con sus cualidades abrumadoras. Poco a poco se fue dando a una relación más estrecha donde recorría los senderos de las altas cumbres de una dicha paradisíaca. Hasta que me metió en su círculo. O mejor dicho; hasta que su círculo se entrometió. Allí empezó todo.

Pasaron años. Todavía yazco aquí, enfrascado en mis ocupaciones. Creí haberlos olvidado. Pues no. Continúan en la fosa más profunda como si se hubieran transformados en espíritus con la innoble obsesión de atosigarme. No me los podía sacar de la cabeza, y mucho menos a ella. Con su sonrisa que resplandecía en medio del verde intenso del parque sentada en su mecedora. Después venían sus desaires. Luego de ellos. Luego de mis planteamientos. Cielos. Cuando me vienen a la mente quisiera arrancarme uno a uno mis mechones, o los pocos que me quedan. Es el precio que debo pagar para comprar esta paz. Y el que estoy dispuesto a pagar, a pesar de todo.

A veces no sé si estas cosas son las que me hacen ver cosas raras. Están actuando de diversas maneras extrañas. Certezas, dudas, persecución. Cada vez me detengo más en sus actitudes. Comportamientos incongruentes, sus miradas cómplices, sus gestos sospechosos, los susurros con el jardinero. Sí. Algo están tramando. Parece como si todos se estuvieran complotando en contra mío. La cuestión del qué estás tramando me está quitando el sueño. Por momentos me resultan inequívocos, sobre todo en Rosalía, la cándida joven. No sabe ocultarlo. El otro día sin ir más lejos, algo no me gustó, no recuerdo qué, se lo dije a la asustadiza muchacha mientras pasaba enérgicamente una pana por sobre un busto de mármol. Se le escapó inevitablemente una mirada furtiva a Marta quien justamente pasaba por ahí, ¿quién sabe? Buscando una respuesta al proceder. Marta, la de vasta

experiencia, lleva años en su trabajo, y había empezado como Rosalía. Ella debe ser quien está detrás de todo esto, sí, es la que manda. Sus miradas se cruzaron en un diálogo subrepticio.

Cada vez más habitual esas miradas insoportables. ¡Imbéciles! Creían que no me daría cuenta. ¿Por qué me habrán tomado? ¿Por lo mismo que quien no quiero nombrar? Algo debía hacer, debía actuar sin titubeos, no podía seguir así, antes de que sea demasiado tarde.

La misma noche al día de la drástica decisión fui objeto de un brutal asalto. ¡Malditos bastardos! Me maniataron, me arrastraron ante mi resistencia hacia una de las habitaciones y pudieron llevar a cabo, tranquilamente sus viles cometidos. No alcancé a verles la cara, pero sé que fueron ellos, o sus cómplices en todo caso. De seguro, al verse imposibilitados de ejecutar sus macabros planes de manera sigilosa tuvieron que cambiar los planes y ejecutarlos a la fuerza, descaradamente. No sé ni las cosas que se llevaron, lo importante es que mis libros no sufrieron daño alguno. ¡Vayan lacras! Llévense lo material a sus vidas banales y no vuelvan jamás. Proseguí como debía hacerlo desde un principio.

Hoy el calor es agobiante, y la humedad desgrana la templanza. Me vi obligado a cerrar todas las ventanas y desplegar todas las cortinas. Así la planta baja se ha mantenido un tanto más apacible. Hasta los insectos más reacios se han ocultado al resguardo de rendijas e intersticios. Apenas si dejé traspasar la luz diurna en mi escritorio donde me mantengo inmerso en intensas lecturas. Descanso cada tanto y observo hacia el jardín, de vegetación crecida anárquicamente, mezclada con maleza invasora, los mismos vidrios sucios me opacan el frondoso verde exterior. Resultaba evidente que tan semejante casa era demasiado para mí, sin empleados que se ocupen de mantenerla. ¡Malditos! Se salieron con la suya. Ya no quiero a nadie más por aquí. De alguna manera me las arreglaré.

Dejé todo tendido a merced del inexorable machaque del tiempo. Tal vez, para que vaya a tono conmigo. O tal vez por considerar mi dedicación menos vacua y sobre todo un amortiguante a las brutales perturbaciones de los intrusos. Transcurría por un develar monótono embriagándome en la cultivación de números y pensadores. Un moderado desayuno tempranero y, a media mañana o cuando se me ocurría salía por los jardines a tomar un descanso. Le daba de comer a los gatos, a los pájaros que, sabedores de la ofrenda diaria, se habituaban a mi rutina, y a menudo para largos ratos observándolos. Pasado largamente el mediodía apenas si comía algo, mas no me era tan necesario. Y entrada la noche me tomaba una sopa con la cual continuó hasta que el sueño me vence bajo la luz de la lámpara.

Como este día, mejor dicho, esta noche donde ya tomé mi sopa de verduras, y me hallo en el sillón bajo la luz amarillenta de la lámpara, no comprendo por qué no logro concentrarme en la lectura, lo intento pero mi mente se va por las ramas, a veces vuelven ellos y me los despojo de un sacudón pero mi mente sigue inquieta, no sé por qué. Intento concentrarme cuando algo me tomó desprevenido y me hizo

elevant la vista bruscamente hacia arriba. Fue como una sombra. No, fue una sombra. Una sombra pasó con sus vestigios por las hojas repletas de letras, estoy seguro. Como si alguien hubiese pasado por detrás de mí. ¿Algún insecto? Imposible, tendría que haberse tratado mínimamente de un pájaro, como un murciélagó, y uno grande por cierto. En tal caso hubiese oído el aleteo.

Transcurrido algunos minutos la duda comenzó a acrecentarse en mí, ya me fue imposible concentrarme pues comencé a prestarle atención al entorno. ¿Habrás tratado meramente de un producto de mi imaginación? ¿Estaré entrando en un estado incipiente de locura surgida de este aislamiento quizá? ¿Me estará fallando la vista? ¿Serán los espíritus que se están materializando? ¡Rayos! ¿Qué estoy diciendo? Mientras me hago todas esas preguntas me ocupo en requisar todos los muebles y adornos en busca del presunto ser volador. Nada. A esta altura me quedo con la idea de una posible mala jugada de mis sentidos. Pues otra posibilidad inconsistente no la considero siquiera. Nunca he creído en esas cuestiones de energías oscuras, fantasmas y demás.

Lo del otro día no hubiera revestido mayor importancia a no ser por la asiduidad de sus apariciones, creciente diría yo, de los últimos días. Llama serena, ausencia de cualquier flujo de aire, dado que los ventanales permanecen día y noche cerrados, nada que pudiera, por una explicación puramente racional, justificar el fenómeno. Y eso me produjo un terror impensado, no pudiendo evitar quedar pálido y volver la vista bruscamente con rostro desencajado casi rogando no encontrarme con "eso". ¿Entidad? ¿Ente? No, me niego a utilizar esos términos propios de una mente irracional. Pues creo que... ¡Maldición! ¡Otra vez la espantosa sombra! Tan real que se me paraliza la sangre, tan real a que alguien pasara por mi espalda. ¡Cielos! Voy a enloquecer, ellos me están enloqueciendo, merodeando en mi mente, creando estas alucinaciones, porque no tiene sentido, estas cosas son propias de la imaginación y las fantasías. Cuando creí haberme desecho de ellos, y de ella. Es evidente, siguen aquí, de alguna manera difícil de comprender.

Hoy me ha costado levantarme, y despertarme. Lo que me sucedió anoche me ha desvelado, ha logrado dejarme alterado a nivel desconocidos por mí. Luego de haber cenado me dirigí a la sala de estar con lámpara en mano y los sentidos sumamente agudizados y alterados, por supuesto. La noche se presentaba húmeda y silenciosa. Podía oír claramente los zancudos nocturnos que chillaban por el jardín. Me senté con el libro en el sillón después de colocar la lámpara en el mueble. Obviamente inspeccioné con mis globos oculares en movimientos enervados el entorno de la sala. Me costaba concentrarme en la lectura, recuerdo, pues esperaba de un momento a otro el paso de la sombra, o la aparición o la revelación de la entidad o cómo diablos quiera llamarle.

Respiraba un aire tenso y enviciado donde sentía como se incrustaban en mis alveolos. Supongo que creyendo que estándome preparado podría asimilarlo menos traumáticamente. Pues bien, transcurría la noche y nada acontecía, afortunadamente. Y cuando relativamente ya me había relajado, un crujido rompió la atmósfera como un rayo, y me atravesó, mis ojos se desorientaron y perdieron su foco en el libro, y una sombra circuló por todo el espacio, no solo eso sino que de repente una voz sopló por mis orejas, casi como un suspiro, una voz inteligible, distorsionada, lánguida, como si tuviera que atravesar un sarcófago. Tal fue aquella irrupción que caí aterrado del sillón y mis ojos buscaban frenéticamente el origen de esos sonidos atroces. Tan claros y tan inhumanos. Salí despavorido a mi habitación, a oscuras, sin dormir en toda la noche.

Si hasta aquí recorría escasamente el resto de la casa, pues ahora me restringía entre mi habitación y la biblioteca, y esporádicamente el baño. No daba cuenta del estado en que encontraría la gran parte restante, olvidada, cubierta en polvo y telas de arañas, o en poder de vaya a saber quién. Todas las demás habitaciones las dejé bajo llaves. Nadie podría circular ni esconderse. Ya no sabía en qué creer, ya no podía concentrarme. Oía voces que se difuminaban en el aire, como el vestigio de un aroma, todas de maneras diferentes, no dejaban de sorprenderme, otras noches juraba que eran risas siniestras que circulaban de un lado a otro por la planta baja. Desistí de bajar al escritorio y acopié los libros en mi dormitorio, apenas si cruzaba al baño. Bloqueé y cerré puertas y ventanas, nada ni nadie pasaría, ya no abrí ninguna cortina más, mi mundo pasó a ser este receptáculo, ya no había noche y día, solo bajo la luz amarillenta de la lámpara. Guerras se podrían estar librando allá afuera, mientras yo en mi mundo, cada vez más reducido, intentando escabullirme de almas siniestras. He tomado la precaución de trabar con llave mi habitación cada vez que paso al baño, dando un vistazo a través del largo pasillo, y luego cruzo rápidamente. Ya no pienso en nada ni en nadie, menos en ella o en ellos, por mí que se estén friendo ahora mismo en el infierno con sus hipocresías y sus vericuetos sociales, demasiado es para mí lidiar con esto.

No sé qué haré, ya no me es posible ir al baño. Lo intenté, juro que lo intenté. Trato de pensar que solamente es mi imaginación, que no pueden infligirme daño alguno, y sin embargo a la ínfima extraña aparición no puedo evitar ser víctima de los más recónditos miedos. Creo que poco a poco me estoy volviendo loco y no me estoy dando cuenta.

¡Dios, qué he hecho! ¿Cómo pude haber cometido ese error? ¿Cómo no me di cuenta? Salvo en el momento en que me recosté, luego de venir del baño, tomé el libro presto a la lectura cuando desprevenido oí el ronco chirriar de las bisagras. Me paralicé, pensé inmediatamente que alguien había ingresado, me respondí que eso era imposible: la puerta debía estar con llave. No fue así. Estaba abierta. No podía recordar de

haberla cerrado. Me había vuelto muy metódico en ese proceder, al salir o al entrar, inequívocamente. No puedo explicar qué fue lo que me llevo a ese momento de obnubilación mental. Observaba la puerta incrédulo, por suerte nada vi sobre ella, sin pensar, sin respirar, sin capacidad a reaccionar, a decidir. Si me levantaba a cerrar, los ruidos sobre la madera me delatarían, y no quería imaginarme con lo que me encontraría al acercarme. No pude leer, no pude apagar la lámpara, no pude despegar la vista a ese tramo de pasillo. Así transcurrió, entumecido. E inesperadamente una imagen espectral rompió con la oscuridad del rectángulo oscuro, en escandaloso contraste, con su vestido blanco, y al pasar posó su rostro atroz sobre mí. ¿Cómo podría describirlo? Cuencas sin fondo, boca sin labios, piel sin color, el rostro mismo de la muerte. Afortunadamente la imagen solo pasó, pero yo quedé congelado en mi cama, aturdido. Incluso mucho tiempo después de que haya pasado, Y así me mantuve postrado. Perdí noción de todo. Ya no había realidad, ni racionalidad, ni tiempo, solo yo, mis libros y el camino hasta el baño.

Lo más extraño es que me desperté y la puerta se hallaba cerrada. Un sueño. Posiblemente terminé vencido por el sueño, mas no puedo encontrar otra explicación. No recuerdo más nada. Si bien esto sería posible, las dudas y la incertidumbre persistieron a lo largo del día, o la noche. Ya había perdido toda noción del tiempo, tan solo mi mundo se redujo a mis libros y al trayecto hacia el baño.

Lo cierto es que me mantuve unas cuantas horas postrado, y para peor he llegado a un punto donde mi necesidad biológica es insostenible. Ha tal punto que he tomado la drástica decisión de enfrentar el miedo y cumplir el trayecto. De pie, con mi bata celeste y desgastada, y tomo la lámpara, que no sé cuánto le quedará de combustible, la levanto intentando ver con claridad la puerta. Paso por paso, el miedo me frena pero la necesidad me envalentona. ¡Santo Dios! Este piso, cruje inexorablemente ponga como ponga los pies.

Aquí me hallo, observando el picaporte de bronce redondeado. Siento cómo mis manos me transpiran, el cuerpo me tiembla, pero la urgencia va en aumento. Debo mentalizarme, debo ser fuerte, soy yo que estoy delirando, no son ellos, ya no existen para mí. Palpo y giro la pieza de bronce cuidadosamente. Medio giro, por suerte sin ruido, la puerta cede sutilmente. Pero... entonces... ¡está sin llave! Significa que lo de anoche no fue un sueño. ¿Qué hago? No. Tengo que ir. Ya no soporto más. Jalo mínimamente y la hoja chilla quejosamente. Siento que se me atosigan todos los nervios en la cabeza. Sigiloso salgo, miro, tanteo la oscuridad de los pasillos, por la derecha nada, hasta donde llega la luz por lo menos, ahora a la izquierda. ¡Dios santo! ¡La mujer! ¡Fue real! ¡Y viene hacia mí! Con su vestido blanco y ese rostro espantoso, y además son dos. Vienen directo hacia mí, debo meterme ya, ¡no! Los nervios me traicionan, maldita puerta que ahora no cierra, la llave... ¡Debo hacerlo! ¡Oh Dios! ¿Dónde dejé las llaves? Debo sostenerla con todas mis fuerzas, debo aguantar, siento sus pasos acercándose. ¡Eso es! ¡El armario! Allí podré ocultarme, debo apresurarme están cerca, voy rápido a ocultarme ¡Ay! Malditos libro! Me he caído, ¡qué dolor! No puedo levantarme. Pero...

¡hay! Debo llegar al armario. ¡Dios, están entrando! Debo alcanzar el pestillo del armario. No, vienen hacia mí, sus rostros de raíces venosas que parecen originarse de las cuencas vacías. ¡Qué horror!, ¡Aléjense de mí! No, ¡No! ¡Noo! ¡Nooooooo!

—Ayúdame a sostenerlo, ¿cómo se ha caído, eh? vamos, ¿qué le anda pasando últimamente eh? Ha estado muy alterado. Llémoslo a la cama. Hay que darle las pastillas.

—¿Qué me está diciendo?

—No, nada. No le vas a entender nada. Solo balbucea. Sostenlo bien, eso, perfecto. A ver don Alfredo, no se mueva, pórtese bien. Pásame el vaso. ¡Muy bien! ¡Eso! Ya va a estar mejor. Ciérrame las cortinas a ver si puede dormir un poco.

Transitar esos caminos sin accidentes, monótonos, estables. Amparado en la seguridad de mi mundo. ¿De qué me sirve? ¿De qué me sirve recorrer una meseta sin picos y depresiones? ¿Qué sentido tiene evitar los caminos escabrosos? No lo sé, no lo podría responder.